

MARC FUMAROLI

LA REPÚBLICA
DE LAS LETRAS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2013 by Marc Fumaroli
© de la traducción, 2013 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos para todo el mundo:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, *Los cuatro filósofos* (c. 1611), de Rubens

ISBN: 978-84-15689-87-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 23 138-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

En un libro publicado en 1979, y que hizo época, *La imprenta como agente de cambio*, Elizabeth Eisenstein¹ quiso demostrar que la invención y la expansión de la imprenta no habían sido suficientemente reconocidas hasta ahora por lo que eran: una revolución tecnológica que multiplicó y aceleró los avances del saber, al mismo tiempo que hacía madurar la autonomía intelectual del individuo y aumentaba el campo de su libre y pública expresión. Inspirada por los puntos de vista de Marshall McLuhan, pero no por las reservas íntimas del célebre publicista católico hacia las nuevas tecnologías de posguerra, Elizabeth Eisenstein, so pretexto de celebrar los beneficios revolucionarios de la imprenta y del libro impreso, ponía los jalones de otra apología, la de los nuevos medios de comunicación entonces en fase de despuntar en América y la de Internet, aún reservado a un pequeño número de personas en los años ochenta.

Esta apología americana supone, aparte de la incesante aceleración del progreso humano, su escansión mediante unas revoluciones tecnológicas cada vez más radicales, revoluciones que liberan al hombre continuamente de los límites que le ha impuesto la naturaleza, y crean para su comodidad e incluso para su felicidad una segunda naturaleza artificial, en la que sus sentidos, su inteligencia, su memoria, su imaginación, pero también su salud física y sus posibilidades de vida han aumentado prodigiosamente.

Esta utopía eufórica, casi milenarista, de pueblo elegido

¹ México, FCE, 2010 (Elizabeth Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979).

para un *Manifest destiny* se ha extendido a la mayor parte del universo, más o menos reformado o alineado con el modelo del gran mercado de Estados Unidos. Ni las matanzas a gran escala que se han multiplicado desde el siglo xx, ni las crisis económicas sucesivas que nos hacen vivir en una angustia permanente del mañana, ni siquiera las previsiones apocalípticas de agotamiento de las materias primas, del calentamiento climático, de la polución a gran escala de la atmósfera, merman esta fe mesiánica en el dios Progreso, que es, con el darwinismo social, uno de los aglutinantes más poderosos de la sociedad estadounidense llamada «multicultural». Parece evidente que el genio científico y tecnológico se impondrá a las derivas y a los accidentes que la ferocidad, la voracidad y la imprudencia de la naturaleza humana han provocado por el camino, «globalmente positivo», trazado por el progreso. El remedio está, por así decir, programado en el mal.

Creyente menos apasionado que Elizabeth Eisenstein en la benevolencia, tanto retrospectiva como prospectiva, del dios Progreso, he de reconocer con ella, y gracias a ella, las ventajas indiscutibles que la invención de la imprenta ha valido a la humanidad en la transmisión y la acumulación de sus saberes, y por consiguiente en su capacidad de acrecentarlos en detrimento de la rutina y de la ignorancia. Pero no deja de asombrarme que haya pasado por alto las guerras de religión, mal necesario quizá, astucia de la razón sin duda, pero espantoso baño de sangre provocado en gran parte por la vulgarización de la lectura de la Biblia que la máquina de imprimir hizo posible y por la multiplicación de las sectas adheridas a su interpretación idiosincrásica de las Sagradas Escrituras. Elizabeth Eisenstein saca también, de su propia celebración de los efectos felices de la imprenta, la conclusión de que todas las revoluciones ulteriores en las tecnologías de la comunicación tendrán efectos exclu-

INTRODUCCIÓN

sivamente benéficos. Me siento inclinado a oponer a este acto de fe un principio de duda y de prudencia, a semejanza del que inspira al Sócrates de Platón el temor a que la invención de la escritura amenace de atrofia a la memoria viva y el verbo oral. Todo progreso comporta sus daños colaterales. Los propios Estados Unidos no habrían encabezado una marcha hacia la felicidad universal si las luces de sus padres fundadores no hubieran tenido por fundamento económico la esclavitud de los negros en los estados del Sur y si su despegue industrial y agrícola no hubiera tenido por precio el genocidio de los indios en el Lejano Oeste.

La invención de la imprenta tuvo efectos secundarios nefastos que los humanistas, que sin embargo de entrada le dispensaron una gran acogida, no tardaron en advertir. Tomaron medidas para que la cantidad de papel salido de las prensas no ahogara la difusión y recepción de las obras de calidad ante sus verdaderos lectores. Por supuesto, los herederos de Petrarca sufrieron la resaca de la divulgación tipográfica: la Iglesia romana la sometió a la jurisdicción del tribunal de la Inquisición y del Índice, y las Iglesias cismáticas no tardaron en castigar con severidad a los autores presuntamente heréticos o «papistas». Pero ellos, sin recurrir ni a la policía, ni a la cámara de tortura, ni a la hoguera, ni a la denuncia pública, encontraron correctivos para la nutrida y económica circulación de libros o de folletos a sus ojos absurdos y nefastos, e impidieron al menos a una élite ilustrada ceder a las elucubraciones seductoras para la mayoría. A imitación de Erasmo (un Petrarca que tendría que ver con la imprenta), se aliaron estrechamente con las más prestigiosas casas editoriales (Amerbach en Basilea, Aldo Manuzio en Venecia, Christophe Plantin en Amberes, etcétera). Una aristocracia de autores se alió con una aristocracia de editores.

Siempre en la estela del autor de *El ciceroniano* y del *Elogio de la locura*, la comunidad de los humanistas puso en

práctica la ironía y la crítica para descalificar los malos libros, y recurrió al elogio para destacar el carácter sin igual de los buenos autores contemporáneos, anticipando su definitiva consagración al Parnaso y «templo de la Gloria».²

Toda revolución tecnológica en los vehículos de la comunicación, comenzando por la escritura, contemporánea de los primeros desarrollos históricos de la administración y del comercio, responde a una demanda práctica. La invención del libro impreso no escapa a esta regla. Esta invención fue provocada por el desarrollo de ciudades-Estado y de Estados cuya intensa vida urbana, política y económica demandaba actores instruidos y ya no podía contentarse ni con la elocuencia oral ni con la correspondencia manuscrita. Ello no impide que estos progresos funcionales no dejaran de provocar unas disfunciones desconocidas, peligros inéditos, peligros imprevistos. Cuando se trata de asuntos humanos, toda medalla tiene su reverso, y la duda crítica debe ser el compañero más atento de la admiración más justificada.

La invención de la imprenta, ciertamente un asunto publicitario y comercial de gran futuro, se produjo en el momento oportuno. Una parte importante de la población urbana no podía ejercer su oficio sin saber leer. Había que satisfacer esta demanda a gran escala y del modo más económico, cosa que no podía producirse sin atentar contra

² Ya el joven Diego de Saavedra Fajardo, en su *República literaria* (1625) refiere que, con la invención de la imprenta, «todos procuran sacar a la luz lo que estuviera mejor en la oscuridad, porque, como hay pocos que obren lo que merezca ser escrito, así hay pocos que escriban lo que merezca ser leído». Este afán de publicar perjudica a «la república literaria [...]; en que tiene mucha culpa la imprenta cuya forma clara y apacible convida a leer; no así cuando los libros manuscritos eran más difíciles y en menor número». Véase Diego de Saavedra Fajardo, *República literaria*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 2008.

INTRODUCCIÓN

la autoridad de la cátedra eclesiástica e incluso contra la autoridad política. Nadie podía prever los futuros disturbios, ni notar, cuando estallaron, la relación de causa-efecto entre la producción impresa y los movimientos masivos de opinión religiosa. Y sin embargo, un siglo antes de Gutenberg, Petrarca había inventado la mejor vacuna contra los daños colaterales de la imprenta: había hecho revivir la *paideia* de los griegos, la *institutio* de los romanos, la educación de una élite de cultura y de costumbres que sirviera también de contrapeso, como había sido el caso en la Antigüedad clásica, a las pasiones y a la violencia, tanto de la masa como del hombre-masa, el tirano. A sus discípulos y lectores, que se llamaron más tarde los «humanistas», les hizo compartir su poderosa nostalgia de la época clásica del Imperio grecorromano, y su deseo de reconstituir el conjunto de conocimientos y de sabiduría que había alimentado a sus grandes hombres. Según el poeta, la tragedia de la Europa cristiana era el vandalismo de los bárbaros que habían destruido, con esta literatura, el tronco matriz de una élite civilizada. Desde hacía mil años, la Europa cristiana estaba, por así decir, atrofiada de civilización, no por culpa del cristianismo, como afirmaron más tarde Maquiavelo y Nietzsche, sino porque el laicado cristiano no disponía de estas bibliotecas, de estas academias y de esta *cultura animi* que habían formado el espíritu y suavizado las costumbres antiguas paganas, por más privadas de la Revelación que estuviesen. Había alguna forma de armonía preestablecida entre cristianismo y cultura antigua, así como de complementariedad entre la vida contemplativa del monaquismo cristiano y el *otium litteratum*, el ocio letrado a la antigua, la vida del espíritu, olvidada o estropeada por el vandalismo bárbaro, pero que podía y debía ennoblecer de nuevo la vida activa del laicado cristiano, ya fuesen nobles o mercaderes.

De ahí la pasión contagiosa que dominaba a Petrarca de reconstituir, a fuerza de excavaciones, el tesoro disperso y enterrado de la *humanitas* antigua y de su *urbanitas*. ¿Cómo curar a la Europa cristiana de esta amputación? Petrarca y los primeros humanistas se emplearon en redescubrir, volver a copiar, publicar y reunir en sus estanterías las obras maestras olvidadas en las bibliotecas monásticas de la literatura moral antigua. Esta biblioteca reconstituida y otra vez contagiosa debía ser el nuevo punto de partida de la civilización. Sin embargo, las nuevas copias de copias manuscritas, que datan a menudo del renacimiento carolingio, tanto en papiro como en pergamino, seguían siendo pocas en número y muy costosas. El Renacimiento inaugurado por Petrarca (que quería educar a los laicos, y en absoluto poner en tela de juicio la ortodoxia y la eclesiología romanas) ¿no estaba amenazado a su vez, a más o menos largo plazo, por el mismo desastre que había interrumpido en seco los avances del mundo antiguo? Era fácil, a principios del siglo xv, para unos invasores bárbaros, incendiar algunas grandes bibliotecas humanistas de Italia, tan fácil como lo había sido en Occidente en el siglo vii.

No bastaba con reconstituir el fondo antiguo, había que protegerlo contra una nueva destrucción o una nueva atrofia mnemónica. La copia manuscrita, incluso vuelta más cómoda por la invención monástica del libro paginado, en rústica o encuadernado, que reemplazaba al antiguo *volumen*, seguía siendo demasiado preciada para ser muy multiplicada, y por consiguiente para poder defenderse contra la agresión. Uno se imagina el sueño de los discípulos de Petrarca, buscadores de manuscritos de obras antiguas olvidadas, pero también de monumentos que hay que restaurar en espíritu y de inscripciones que hay que descifrar: ¿qué equivalente encontrar para la xilografía, el mármol o la piedra de esas inscripciones antiguas que habían sobre-

vivido, deterioradas pero aún legibles, a la erosión del tiempo, o también a esas dedicatorias en letras de metal engrapadas en los frontones de los templos antiguos, como la del arquitrabe del Panteón de Roma, o la de la *Maison Carrée* de Nimes? Los antiguos sólo disponían de tablillas para transmitirnos sus obras de gran aliento, así como de rollos de pergamino o de papiros, que podían arder con mucha facilidad; para consignar a los dioses y a la posteridad cortos mensajes (sms de una concentración sublime), habían inventado una forma primitiva de imprenta y de grabado: la inscripción. La técnica de la inscripción era, por desgracia, muy pesada, inmodificable e inadecuada para transmitir mensajes largos. Para Petrarca, y más aún para sus entusiastas herederos espirituales, amigos y discípulos, era vital, a fin de sacar a Italia y a la cristiandad romana de la ignorancia y la barbarie que debían a sus invasores del siglo VII, y también para evitar el segundo desastre que había supuesto la rápida extinción del renacimiento carolingio, que el legado en vías de reconstitución de la Antigüedad grecorromana fuera sacado de una vez por todas del olvido, y se volviera fértil en un progreso indefinido. Había que pedir a la Antigüedad que formara laicos civilizados y modernos, había que reunir el patrimonio filosófico, científico, oratorio, literario, artístico de la Escuela grecorromana para volverla de nuevo fecunda, y era preciso, finalmente, prevenir que se reiniciaran unos desastres de transmisión semejantes a los que se habían producido en el siglo VII, y, por razones diferentes, en el siglo IX.

¿Se inspiró Gutenberg, en la década de 1450, en el desciframiento por parte de los humanistas anticuarios de las letras de metal grabadas y fijadas en la piedra de los frontones de los templos para concebir los caracteres de metal, móviles y en relieve, de la imprenta? O bien, técnico avisa-

do, ¿se inspiró también, perfeccionándola, en la imprenta de Extremo Oriente y en sus planchas grabadas con signos inmóviles? Había que asegurarse asimismo de que hubiera un mercado dispuesto a rentabilizar una invención técnica tan ingeniosa.

Los monjes que dominaban gran parte del reducido mercado de la copia de manuscritos no podían conformar esta clientela. Los primeros en constituirla fueron el público de burgueses letrados capaces de leer la Biblia latina de san Jerónimo y los artesanos alfabetizados en condiciones de leer las primeras traducciones en lengua vulgar de las Sagradas Escrituras. No puede decirse que los primeros efectos de la imprenta fueran en el sentido del progreso. La circulación de papel sirvió a los odios sectarios y a las ambiciones nacionales. Multiplicó las sectas y amplió la propaganda. Muy pronto, sin embargo, los discípulos que Petrarca había hecho en varias regiones de Europa comprendieron las virtudes de la imprenta: la nueva invención respondía perfectamente a sus nuevos anhelos, pero también a su ambición de civilizar a la Europa cristiana mediante el estudio de la ciencia, de la sabiduría y de las artes de los antiguos. La multiplicación por millares de ejemplares de la misma edición de un gran texto antiguo publicado por un filólogo incomparable hacía fácil su propagación por los cuatro extremos del mundo y, gracias a este aumento del número de bibliotecas en toda Europa, imposibilitaba su cuasi desaparición en caso de ofensiva vandálica. Tal es al menos el admirable argumento de venta que hará valer a sus clientes de toda Europa, a comienzos del siglo XVI, el gran editor y filólogo Aldo Manuzio en los prefacios-manifiesto que hacía figurar al comienzo de sus admirables ediciones de clásicos de la filosofía griega y latina, como Platón, Aristóteles, Cicerón, pero también de los escritos en toscano de Catalina de Siena, del *Sueño*

de Polifilo de Francesco Colonna³ en una lengua inventada, textos establecidos, cuando se trataba de griego antiguo, en su Academia filohelena e impresos en Venecia, en sus propias prensas, con unos caracteres que él mismo había diseñado y fundido especialmente.

Imposible también imaginar una distancia más abrupta, en un universo social muy jerarquizado, entre la imprenta al servicio del patrimonio espiritual recuperado de la élite europea más exigente y cultivada y la imprenta como vehículo panfletario de la controversia escrituraria, de la disputa teológica o de la propaganda política a la escala de unas masas urbanas. Esta élite «humanista» de la cultura, de la ciencia y del gusto no había esperado la invención de la imprenta para tomar conciencia de sí misma, adoptar un nombre y aprovechar la ocasión que se presentaba, así como representar su papel en el mercado del libro o de la página impresa. A la cofradía internacional de humanistas misioneros, lanzados a la búsqueda y a la copia de manuscritos de obras antiguas ignoradas, en la estela de Petrarca, uno de sus jóvenes discípulos venecianos de la segunda generación, Francesco Barbaro, le había dado el nombre, en 1417, de *Respublica litterarum*, República de las Letras. Muy oportunamente. Treinta años antes de la invención de la imprenta.

¿Qué quería decir con esta expresión el joven Barbaro, cuando estaba terminando sus estudios de humanidades en la Florencia del canciller Coluccio Salutati, de Leonardo Bruni y de Poggio Bracciolini?

El Renacimiento humanista, la *renovatio litterarum et artium* que había inaugurado Petrarca, se caracteriza ante todo por un cambio de modelo dominante en el diálogo entre letrados. Del modelo dialéctico de la *quaestio* y de la *disputatio* que articula el edificio escolástico y la inteligen-

³ Trad. Pilar Pedraza, Barcelona, Acantilado, 2008. (N. del E.).

cia teológica del clero y de los monjes, se pasa a un modelo de diálogo de tipo retórico, cuyos géneros clave son la *epistola* según Petrarca y sus derivados (o modelos) orales, la «conversación» (*sermo*), según Pontano, y el «ensayo», según Montaigne. Todos son géneros privados, muy diferentes de los géneros públicos, discursos judiciales, políticos, epidícticos de la Antigüedad pagana, modelos para el adiestramiento de los futuros magistrados, diplomáticos y dignatarios del foro moderno, el tribunal. Pero también para los predicadores privados, o poco menos, de la renta de tipo medieval que les permitía sermonear en latín al pueblo de Dios. Ahora deben, como oradores bien adiestrados, convencer, agradar y conmover. El diálogo epistolar o conversacional entre dos o varias personas, al margen de los *negotia* del foro político antiguo o de las cortes monárquicas modernas, se sitúa en el orden de un *otium operosum*, de un 'ocio estudioso'. Éste supone, por parte de los que lo practican en su conciencia privada, un *commercium* ininterrumpido con los amigos y con los muertos, esos amigos de la Antigüedad que sus ritos y sus efigies mantienen vivos, ejemplares y generosos. El intercambio epistolar entre los vivos y la comunicación, a través de la lectura, con los grandes muertos, dos formas superiores e íntimas del diálogo, crean entre humanistas un vínculo social aparte, en una república invisible cuyo patrimonio común, sin cesar releído, reinterpretado y acrecido, es un bien común. ¿Era una red social la *Respublica litterarum*? Sin duda, pero entre pares epistológrafos reclutados por elección de los propios miembros, y no entre interlocutores numéricos que se supone por definición aritméticamente iguales. Los ciudadanos de esta República invisible no son los *cives* activos de las repúblicas antiguas, ni los súbditos pasivos de las modernas monarquías, sino unos *sujetos* de una relación inédita respecto a sí, al prójimo, al conocimiento y a la verdad.